

UN NUEVO RETRATO DE VELÁZQUEZ

DESDE que, hace dos años, se iniciaron los preparativos para la conmemoración del tricentenario de la muerte de Velázquez, tuve la esperanza de contribuir a ella con el descubrimiento de algún nuevo cuadro del glorioso maestro. Podía esperar de la frecuencia de mis viajes al extranjero, donde, requerido por coleccionistas y marchantes de pintura, vengo dedicándome, de un tiempo a esta parte, al estudio y dictamen de cuadros españoles antiguos. Los lienzos de nuestros grandes pintores que, emigrados ayer de España, figuran hoy en las galerías particulares y en los mercados artísticos de Europa y América, son numerosos. Entre tantos como se someten a mi examen—pensaba yo—, ¿no aparecería algún “velázquez” desconocido?

La fortuna, esta vez, ha acudido a mis deseos, premiando, en cierto modo, mis búsquedas perseverantes con el hallazgo de un retrato magnífico. Es el que, por deferencia de su propietario—un coleccionista de Suiza—, doy a conocer con el presente artículo. No se ha publicado jamás, ni dentro ni fuera de España. El lienzo está muy bien conservado. Mide 73.5 por 59 centímetros. La retratada es, como puede verse, doña Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV. Como se halla representada en edad de poco menos de treinta años, el cuadro se pintaría entre 1631 y 1632; probablemente, en la primavera del 31, por los mismos días en que Velázquez, de vuelta de Italia, retrató por vez primera al Príncipe Baltasar Carlos, hijo de doña Isabel, nacido en octubre de 1629.

Harto sabido es que por aquellos años, en Madrid, sólo Velázquez, pintor de cámara de Felipe IV, podía retratar del natural a los Reyes. De la Reina, hasta ahora, no se conocían más que dos retratos velazqueños (excluyamos las repeticiones de taller o de discípulos, que son varias, alguna ciertamente admirable), y aun de esos dos, uno—el ecuestre del Museo del Prado—no es todo él de la mano de don Diego. El otro, el de media figura que se mandó a la Corte de Viena, con un retrato parejo de Felipe IV en el otoño de 1632, tiene mayor participación de los pinceles del maestro; pero tampoco presenta sus típicas calidades excelsas.

A todos los historiadores y críticos nos ha extrañado que, en la familia de Felipe IV, sea doña Isabel de Borbón la única persona que carece de un gran retrato pintado por Velázquez. Para explicar el punto puede aducirse, a mi juicio, un documento del año 1637: aquel donde se dice que la Reina “no se dejaba retratar de buena gana”. Ante esa “desgana” para servir de modelo, Velázquez, obligado a pintar a doña Isabel por orden y deseo del Monarca, trabajaría, lógicamente, sin el gusto ni el agrado que tantos de sus cuadros revelan: dicho con vulgar expresión, sólo procuraría “salir del paso”. Algunos historiadores han supuesto, además, que siendo la Reina enemiga inflexible del conde-duque de Olivares, no sentiría por Velázquez, tan ligado a ese personaje, la menor simpatía. Sea lo que fuere, ello es que el maestro, creando con los otros miembros de la Familia Real los soberbios retratos que todos admiramos, no estuvo muy feliz al pintar a doña Isabel.

Cuando, en 1629, Velázquez marchó a Italia, aún no la había retratado. Tampoco a la Infanta doña María (hermana del Rey) que, unos meses después, salió también para Italia. Encargó entonces Felipe IV a su pintor que, aprovechando la



Retrato de la Reina Doña Isabel de Borbón, pintado por Velázquez en 1631. (Colección particular, Suiza.)

estancia de doña María en Nápoles, la retratará allí y trajese a Madrid el cuadro. Obedeció Velázquez, y el retrato que hizo es el busto hoy conservado en el Museo del Prado. El Monarca, agudo catador de pintura, viendo tan hermoso busto de su hermana, encomendaría a don Diego uno similar de su esposa. Por su parte, el artista, que sabría la resistencia de doña Isabel a servirle de modelo, optó, sin duda, por hacer de ella (claro está que del natural) una cabeza sólidamente construida que pudiera servirle para trazar ulteriores retratos de la regia dama, sin que ésta tuviera que concederle las obligadas sesiones de “pose”.

A mi juicio, esa cabeza es la que doy ahora a conocer en A B C. Cotejándola con la ya citada de la Infanta doña María, se robustece la certidumbre de que ambas se deben a una misma mano y que están ejecutadas por el mismo tiempo, con distancia de pocos meses. En diciembre de 1630 se pintó el busto de la Infanta; no posterior a la primavera del 31, como antes dije, será el de la Reina. La factura en los dos cuadros es idéntica; la misma firmeza de dibujo; el mismo cuidadísimo modelado, tan jugoso y morbido; igual modulación exquisita del color. Son, técnicamente, dos obras fraternas. Nadie negará, conociéndolas, las grandes semejanzas de dicción que presentan.

Al publicar yo, en 1955, mi libro “La vida y la obra de Velázquez”, tratando de los retratos de la Reina doña Isabel, ya hice constar (página 131) que probablemente el gran artista pintaría un busto de ella, del natural, parecido al de la Infanta; pero que tal busto, modelo para los retratos de mayor tamaño, pintados después en su taller, con o sin intervención de discípulos, nos era desconocido. Hoy puedo agregar que ya lo tenemos. De este busto proceden, en mi opinión, la media figura del Museo de Viena, la cabeza del retrato ecuestre del Prado y, naturalmente, las copias que hay “de taller”, entre las que deben mencionarse: la que pertenece a la Familia Real Inglesa, de 1638 (Hampton Court Palace); la de la colección Epstein, de Chicago; la del Museo de Copenhague, y la de la colección Ford; estas dos últimas pueden verse actualmente en la Exposición “Velázquez y lo velazqueño”.

A todos esos retratos aventaja, por la maestría de su ejecución, este que, en poder de un coleccionista de Suiza, incorporo hoy a la obra velazqueña, confiado en que será admitido también como original por quienes, más adelante, lo examinen, con el mismo interés que he puesto yo en su estudio.

Bernardino DE PANTORBA